



Consejo Económico y Social

Distr. general
26 de abril de 2006
Español
Original: inglés

Período de sesiones sustantivo de 2006

Ginebra, 3 a 28 de julio de 2006

Tema 2 del programa provisional*

**Creación de un entorno a escala nacional e internacional
que propicie la generación del empleo pleno y productivo
y el trabajo decente para todos, y sus consecuencias
sobre el desarrollo sostenible**

Declaración presentada por Brahma Kumaris World Spiritual University, organización no gubernamental reconocida como entidad de carácter consultivo por el Consejo Económico y Social

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.

* E/2006/100.



Declaración

La fuerza y el sustento del trabajo decente

“El trabajo es una fuente de dignidad, de estabilidad familiar y de paz para toda la sociedad. El trabajo está ligado a la identidad de la persona; de hecho, en casi todas las tradiciones espirituales y religiosas se reconoce que el trabajo es una fuente de dignidad personal.”

(Juan Somavia, Director General de la OIT)

Me complace poder compartir algunas reflexiones con todos ustedes sobre un tema tan importante como las perspectivas filosóficas y espirituales del trabajo decente. Voy a concentrarme en la dimensión espiritual de la fuerza y el sustento del trabajo decente, prestando atención especial a tres esferas: dignidad de la persona, lugares de trabajo decentes y conciencia de la totalidad colectiva.

Dignidad de la persona

La dignidad personal es un estado del ser humano. No se puede privar totalmente a una persona de su dignidad mientras ésta siga conservándola en su interior. Aceptar que la dignidad es algo intrínseco y tomar conciencia de ello puede ser una fuente de fuerza y esperanza y una herramienta poderosa para ayudarnos a superar afrentas como el desempleo, la pobreza y la pérdida de libertad o de oportunidades.

En agosto de este año (2005) me encontraba paseando por uno de los mercados locales de la ciudad de Guatemala en busca de recuerdos y otros pequeños regalos. Entre los tejidos de colores brillantes que cubrían libros, bolsos y alfombras, me llamó especialmente la atención un puesto de cerámicas. Me gustaron especialmente unos cuencos hechos a mano. Elegí cuatro de ellos y la amiga guatemalteca que me acompañaba dijo, “Permíteme que los compre yo y te los regale”. Se dirigió entonces a la vendedora, una mujer joven de unos 18 años de edad, y le preguntó cuánto costaban. “60 quetzales”, respondió la mujer. Mi amiga se puso a regatear inmediatamente, diciendo que era muy caro y que debía rebajar el precio. “Bueno”, dijo la mujer, “se los dejo en 55 quetzales”. Mi amiga respondió, “Estos cuencos no valen más de 40, por favor déjenoslo a ese precio”. Para entonces yo ya había dejado de interesarme en los artículos del puesto y miraba fijamente la expresión de aquella mujer. Lo que más me llamaba la atención eran sus ojos. Nos dijo tajantemente que no podía vendernos los cuencos por menos de 55 quetzales y empezó a explicar el trabajo que llevaba hacerlos. La joven estaba gravemente concentrada en defender el valor de su creación y no estaba dispuesta a devaluar su producto. Lo más impresionante era su mirada. Estaba claro que si vendía los cuencos por menos de 55 quetzales perdería algo más que dinero. Evidentemente, el intercambio entre ella y mi amiga estaba afectando a su identidad. La devaluación del producto al que había hecho una considerable contribución creativa equivalía a devaluarla a ella como persona. Nuestras miradas se cruzaron durante sólo unos segundos, pero fue suficiente para comprender que merecía mi respeto por haberse aferrado en su interior a su dignidad personal y que debía pagar el precio que pedía. Por eso le dije a mi amiga, “Dale los 55 quetzales que pide”. Tal vez porque yo no participé en el regateo, eso me permitió distanciarme de la situación y prestar atención al lenguaje corporal. Por la forma en que estaba de pie, se movía, hablaba y miraba, se podía percibir claramente que aquella mujer llevaba la dignidad en sus

genes espirituales. Una joven como esa, con una firme conciencia de su dignidad, puede convertirse en una persona adulta que acepta riesgos, que se enfrenta a situaciones difíciles y defiende la dignidad de los demás.

Debemos reflexionar con frecuencia sobre el principio espiritual de que las virtudes son intrínsecas e innatas en cada uno de los seres humanos. Debemos preguntarnos si nuestras acciones exaltan o menoscaban la dignidad de los demás. La dignidad es un valor que entraña el respeto a sí mismo y el respeto a los demás. La dignidad emana de la paz, el amor, la alegría, la pureza y la verdad, que son virtudes intrínsecas e innatas presentes en todo ser humano.

La interiorización de este principio espiritual es un importante punto de partida para profundizar el diálogo sobre el trabajo y pasar de los necesarios parámetros tradicionales —empleador/empleado, perfil del puesto/sueldo y funciones/responsabilidades— al nivel espiritual del verdadero significado del trabajo: una contribución creativa y una participación productiva dentro de una comunidad laboral caracterizada por la solidaridad y el intercambio.

Lugares de trabajo decentes: espacios seguros para estar, aspirar y actuar

El mundo es el campo de acción en el que cada persona es un actor que representa su papel único y especial. El mundo es un escenario ilimitado en el que cada persona tiene la oportunidad de aspirar a su crecimiento espiritual y, al mismo tiempo, de aportar al mundo su talento, capacidad, experiencia y especialización por medio de sus actos. El principio ético universal es que hay recursos suficientes en el mundo para proporcionar alimentos, ropa y vivienda a todas las personas y para dar trabajo a todas ellas. El lugar de trabajo es una parte del escenario mundial. En su máxima expresión, el mundo del trabajo es el lugar de encuentro entre los valores espirituales innatos del alma y de los valores materiales básicos de la Madre Naturaleza.

En un mundo ideal, el lugar de trabajo sería un espacio en el que coincidirían personas de todos los sectores en un diálogo que ampliaría las posibilidades, en conversaciones que estarían llenas de percepciones, ideas y perspectivas nuevas. Sería un espacio abierto que permitiría que cada persona desarrollara su personalidad única. Sería un espacio seguro que invitaría a las personas a expresar sus ideas, sueños e innovaciones con confianza y seguridad. Sería un espacio de reconocimiento en el que las contribuciones de las personas se valorarían y apreciarían. Sería un espacio de reflexión donde las personas, con tranquilidad y en silencio, reconocerían que son parte de un sistema; ese ambiente se generaría gracias a la presencia viva de las personas y a su satisfacción interior y exterior. Sería un espacio de aprendizaje que promovería el desarrollo de personas con diferentes orígenes, tradiciones religiosas y culturas.

Las reuniones como la presente pueden servir para elevar nuestra imagen colectiva, superar la decepción que sentimos ante las condiciones y circunstancias laborales que muchas personas del mundo deben tolerar y centrarnos en cómo sería el lugar de trabajo en un mundo donde se valorara la persona y el trabajo. Aunque pueda parecer una idealista ingenua, quisiera mencionar algunos experimentos que se están llevando a cabo con el fin de crear ese tipo de espacios de trabajo seguros.

- Un ejemplo es la gran compañía eléctrica del Brasil que suministra energía al Brasil y al Paraguay, que construyó un hospital en la frontera entre los dos

países para mejorar la calidad de los servicios de salud de los indígenas que viven en la frontera entre esos dos países, algunos de los cuales trabajan en el hospital.

- Otro ejemplo es una compañía tostadora de café de los Estados Unidos de América, que tiene una sala de meditación en sus instalaciones y que periódicamente envía a sus empleados a los países donde compra el café para que puedan conocer a personas de esos países y ayudarles a mejorar las técnicas agrícolas y a establecer cooperativas (Green Mountain Coffee Roasters).
- Un tercer ejemplo es una compañía de productos alimenticios y sanitarios de la India, que está formando a las mujeres indias del medio rural para que promuevan y vendan productos, como jabón y sal yodada, en su comunidad y experimenten el orgullo de obtener ingresos y, al mismo tiempo, ayuden a sus vecinos a comprender aspectos importantes para la salud, como el uso del jabón para eliminar bacterias y la importancia del yodo para el cuerpo (Hindustan Lever).

Todos sabemos que la mayoría de las personas trabaja en espacios que distan mucho de ser decentes y que no fomentan la estabilidad ni la paz en las sociedades en que están ubicados. Los problemas, las reacciones desmesuradas y las relaciones tensas suelen ser las características del lugar de trabajo. En muchos entornos laborales conocidos como progresistas, el nivel de estrés es tan alto que las personas están en peligro constante de sufrir hipertensión, enfermedades cardiovasculares y diversos desequilibrios psicosomáticos. Los lugares de trabajo son un reflejo de los valores de las sociedades en que están situados, y eso hace que con frecuencia las personas vean desvalorizado su esfuerzo y tengan que enfrentarse a diversas formas de discriminación por motivos de raza, religión y género.

Conciencia de la totalidad colectiva

Es importante examinar el concepto del trabajo decente teniendo en cuenta la totalidad colectiva.

Si pudiéramos desviar nuestra atención del cuerpo físico y el mundo material y desarrollar la capacidad de ver la energía sutil que nos conecta en relaciones espirituales, podríamos ver todo el árbol genealógico de la humanidad. Como en todo árbol, el árbol de la humanidad tiene su origen en una semilla, que es Dios. De esa semilla crecen las raíces y el tronco de la raza humana y las ramas y hojas de todas las familias religiosas que constituyen el gran árbol humano mundial. Todos estamos conectados unos a otros por medio de hilos sutiles de pensamientos, sentimientos, palabras, acciones y relaciones. Sería muy interesante utilizar la metáfora del árbol genealógico de la humanidad como plataforma para la aplicación de los cuatro objetivos del programa de trabajo decente. Esos cuatro objetivos son:

- Pleno empleo;
- Derechos de los trabajadores;
- Protección social;
- Diálogo social.

Si pudiéramos eliminar las barreras que nos separan, sentiríamos no sólo una profunda conexión sino también una mayor sensación de que se pueden lograr cambios reales. Enfrentándose a la totalidad desde esa perspectiva superior, podríamos optar por abordar el problema de la falta de trabajo decente tratando de encontrar una solución rápida o abordando las causas básicas del problema. Adoptando la perspectiva del árbol genealógico de la humanidad, las soluciones básicas requerirían la colaboración entre los diferentes grupos y las diferentes partes de la familia humana. No podríamos culpar a nadie en particular; tendríamos que aceptar que el problema lo hemos creado juntos de manera involuntaria y que por ello tenemos que cooperar y comprometernos a solucionarlo. Sería totalmente inaceptable que nos limitáramos a observar y a apartar la mirada de vergüenzas como la trata de niños con fines sexuales, la exclusión social y la discriminación y exclusión por motivos de casta, color, creencia y género tanto en contextos estructurados como no estructurados porque sentiríamos una muy profunda conexión entre unos y otros. Sería inaceptable porque todo acto indecente que humille a una parte del árbol, afecta a la dignidad de todo el árbol y la familia humana en su conjunto sufre como consecuencia de ello.

Cuando nos miramos los unos a los otros desde esa perspectiva superior y con una idea unificada nos vemos con ojos diferentes. Ya no vemos simplemente a una mujer que vende cuencos, vemos a una hermana, o quizás a una prima lejana, que ha puesto todo su corazón en la creación de unos cuencos de colores brillantes hechos a mano y nos sentimos obligados a pagar un precio justo y respetable por la valiosa ofrenda que nos está haciendo con esos cuencos.

Lograr un trabajo decente para todos requiere una cosmovisión unificada y un espíritu de inclusión, equidad y justicia. Lo que necesitamos es mejorar nuestra capacidad para dirigir nuestra atención al origen, a la semilla de ese árbol y buscar nuevas direcciones y renovarnos. Hasta que no lo consigamos, no podremos adoptar de verdad esa nueva conciencia.

Documento presentado en la mesa redonda sobre el tema “Perspectivas espirituales y filosóficas del trabajo decente”, organizada por la sede de la OIT y celebrada bajo los auspicios del Instituto Internacional de Estudios Laborales y copatrocinada por la Dirección de Relaciones y Alianzas Externas de la OIT. Dieciséis de noviembre de 2006. Ponente: Sra. Gayatri Naraine, representante ante las Naciones Unidas de Brahma Kumaris World Spiritual University, Nueva York.

Sitio en la web del Center for Business as an Agent of World Benefit: www.worldinquiry.org.